

Romero, José Luis, *Situaciones e ideologías en América Latina*, Medellín, Universidad de Antioquia, 2001, 448 pp.

La Editorial Universidad de Antioquia ha iniciado recientemente la publicación de la colección *Clásicos del Pensamiento Hispanoamericano*, dirigida por el profesor Juan Guillermo Gómez García, filósofo e historiador. Esta propuesta se inauguró hace dos años con el texto *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* del notable historiador argentino José Luis Romero.¹ Y para que los lectores logremos un perfil más amplio de la obra de Romero, la segunda entrega de dicha colección nos presenta una compilación de una serie ensayos suyos recogidos bajo el título general de

Situaciones e ideologías en América Latina.

En esta reseña se trata de presentar, a manera de síntesis, el contenido de esta obra que recoge escritos de Romero de diferentes épocas, lo que le da un carácter de antología. También nos interesa indicar los ejes explicativos de las elaboraciones que Romero hace sobre la historia social de las ideas en América Latina.

El texto está organizado en cuatro grandes secciones, cada una de las cuales se divide en varios temas dispuestos orgánicamente según líneas temáticas particulares y períodos de la historia latinoamericana. Todos estos ensayos están concebidos desde el campo de la historia social de las ideas y sus relaciones con la historia política. Tales relaciones constituyen el hilo conductor de los análisis de Romero en su

1. José Luis Romero nació en Buenos Aires en 1909. En 1937 se doctoró en Historia y Filosofía en la Universidad de la Plata. Docente universitario en Montevideo y Buenos Aires. En 1955 fue rector de la Universidad de Buenos Aires. Murió en 1977 en Tokio, cuando se desempeñaba como organizador y miembro del Consejo de la Universidad de las Naciones Unidas.

preocupación por construir una imagen de conjunto sobre *la vida histórica* latinoamericana y su esfuerzo por ofrecer una mirada comparativa del subcontinente. Trata entonces de contextualizar las condiciones sociales y culturales en las que circularon las ideas europeas —incluso norteamericanas— en América Latina; y define el carácter elitista, intelectual y urbano de los grupos sociales receptores de estas diversas ideologías desde la segunda mitad del siglo XVIII hasta el siglo XX. En este análisis del contexto, los aspectos económicos son escasamente desarrollados, podría decirse que se refiere a ellos a través de algunos enunciados que intentan caracterizar el control de las elites sobre la tierra, la mano de obra y las actividades mercantiles, así como la naturaleza dependiente o periférica de las economías locales con relación a los centros industriales.

La mirada de Romero sobre los procesos sociales, culturales y políticos de los diferentes países de América Latina se caracteriza por una visión amplia y universal, que le permite articularlos de manera dinámica con los procesos de la historia occidental, principalmente la europea. A pesar de considerar estas relaciones como un producto de un largo proceso de *aculturación* o *europización*, Romero

insiste a lo largo de toda esta obra en el carácter autónomo y particular del comportamiento social y político latinoamericano en los diferentes períodos y etapas de su historia. En particular, se refiere a esa constante actitud conservadora de los grupos sociales dirigentes de los diferentes países, a los cuales no les impactó de manera suficiente el contacto con las corrientes de pensamiento moderno, de tal manera que suscitara en ellos una mentalidad más abierta; por el contrario, se reafirmó en estas elites la obsesión por mantener el orden social que asegurara sus privilegios económicos y el monopolio del poder. Habla entonces de cómo, desde el siglo XIX, las ideas políticas modernas quedaron formuladas de manera abstracta, como principios generales, pero en la realidad se impuso el autoritarismo y la fuerza para resolver cualquier conflicto social. Este comportamiento autoritario y a la vez paternalista de las elites no surgió con los procesos de independencia colonial, sino que fue el resultado de la manera como se diseñó la estructura de la sociedad y el poder desde la conquista y la colonización hispano-lusitana.

La primera parte, relativa a “Situaciones e ideologías”, nombre dado al conjunto del texto, abarca una serie de ensayos cortos, escri-

tos entre 1965 y 1967. Un primer ensayo contempla los enunciados de Romero sobre la estrecha conexión de la historia social con la historia de las ideas y la política. Considera que estas relaciones son más estrechas y evidentes en América Latina donde los procesos de mestizaje y aculturación son problemas vivos que han originado actos de poder, razón por la cual los estudios sobre la sociedad no deben separarse de la política. Según Romero, la historia social debe afrontar algunos problemas latinoamericanos como los efectos que tuvo la Conquista y colonización en el enfrentamiento entre los grupos blancos, indígenas y mestizos; para el período de la emancipación considera que hay que relacionar las influencias ideológicas con el análisis social y económico de los grupos sociales que promovieron el cambio o se opusieron a él; y un tercer problema es el relacionado con las transformaciones que produjo la vinculación del área latinoamericana a las demandas de los países industrializados.

Otro de los ensayos expone sobre las diferentes miradas que sobre Europa han tenido los grupos dominantes en Latinoamérica en diferentes momentos de su historia; también alude a miradas de Europa sobre América durante el período

de la Colonia. En general, Europa ha sido un referente cultural, más que geográfico, y desde esta significación se han construido imágenes de valoración positiva. Para las primeras décadas del siglo XX se dio, según Romero, una revaloración de Europa en el sentido de que ya no era el único ejemplo valioso a seguir; sin embargo, a partir de 1950, se retoma la idea del "matiz europeo" para referirse a la especial manera como Europa realizaba sus valores.

Otro aparte subtítulo "Situaciones e ideologías en el siglo XIX", se inicia con la consideración de que no puede olvidarse la historia del subcontinente antes del siglo XV, en tanto que algunas características de estas sociedades indias perduraron en creencias, costumbres y actitudes a pesar de la imposición del modelo sociocultural de los colonizadores. En América Latina no se dio sólo la aculturación cristiana, sino que llegaron otras corrientes de ideas como la Ilustración, el positivismo liberal y el socialismo. Concibe que tanto las ideas ilustradas como las positivistas circularon entre los grupos urbanos sin mucha conexión con la realidad social. Las primeras condujeron principalmente a cuestionar el monopolio comercial español y a elaborar un programa de cambio basado en el autori-

tarismo propio del despotismo ilustrado; las segundas se vincularon a las voces de progreso y orden que favorecieron la propiedad y riqueza controlada por las oligarquías. Con relación al socialismo, dice que sus ideas tuvieron escasa difusión a finales del siglo XIX y que en el medio latinoamericano no se daban las situaciones sociales y económicas que habían originado a estas doctrinas; por ejemplo, no había un proletariado industrial.

En "Situaciones e ideologías en el siglo XX", plantea Romero que el cuadro de referencias europeas no sirve como modelo para explicar a América Latina porque en Europa occidental las corrientes ideológicas han sido coherentes con su desarrollo socio-cultural, económico y político, mientras que aquí no se dio tal situación. A este respecto enfatiza sobre una de sus hipótesis centrales, que se refiere a cómo el estudio de los contenidos ideológicos externos recibidos en nuestro ámbito no posibilita el entendimiento de nuestros problemas. Por el contrario, ha existido una serie de ideas de escasa formulación sistemática, que no constituyen un cuerpo ideológico coherente, pero que están profundamente arraigadas en la sociedad y han sido construidas con base en la experiencia y como respuestas a situacio-

nes reales y concretas de la sociedad y la cultura. Fueron ideas de carácter operativo, vinculadas a la acción espontánea y, por esto, es difícil precisarlas y exponerlas. Muchas de ellas progresaron y fueron adquiriendo contenidos ideológicos más precisos. Se refiere a la revolución mexicana de 1910, a la lucha sandinista en Nicaragua, a la revolución cubana, al Apra en el Perú, al peronismo en Argentina.

La segunda parte del texto se concentra en las elaboraciones de Romero sobre un haz de modelos ideológicos que se incorporaron en la mentalidad de las elites decimonónicas. También se incluyen los postulados que animaron el pensamiento reformista universitario de 1918, así como las reflexiones sobre dos temas medulares del debate político del siglo XX, como fueron la democracia y las dictaduras. Se inicia entonces esta sección con el tema del pensamiento político de la Emancipación,² en el cual habla sobre el caudal de ideas que alimentaron el proceso de independencia de España y los primeros intentos de organización de los Estados nacionales surgidos de la independencia. Se refiere entonces a las ideas

2. Este escrito constituye el "Prólogo" de la antología *Pensamiento político de la Emancipación*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977.

de la Ilustración, a las de la neoescolástica predicada por los jesuitas, al liberalismo inglés, al modelo norteamericano y a sus principales exponentes criollos. De acuerdo con las apreciaciones del autor, esas ideas modernas fueron acogidas selectivamente de acuerdo a los intereses de los grupos de la aristocracia criolla, quienes las condensaron en un cuerpo constitucional que legitimaba su acción política. Pero la realidad social se impuso a tales formulaciones del constitucionalismo, y entonces, el nuevo sistema republicano albergó las disputas heredadas del pasado colonial: el enfrentamiento entre las viejas capitales coloniales y las regiones o provincias subordinadas a su poder. Centralismo y federalismo constituyeron dos posiciones políticas antitéticas. Se configuró entonces una mentalidad política pragmática que se expresó en los gobiernos autoritarios —y hasta dictatoriales— de los caudillos. Con relación a este mismo tema de los modelos políticos considerados por la elite criolla para adaptarlos a su propia realidad, Romero acerca su lente a Norteamérica para contarnos succinctamente cómo llegó a construirse dicho modelo y cuáles fueron sus alcances y seguidores en América Latina, así como cuáles fueron los argumentos de los opositores a su aplicación en el régimen político de

los noveles Estados. Concluye que fue la propuesta federalista norteamericana la que convocó el espíritu de aquellas provincias que veían en esta fórmula de gobierno la oportunidad de acceder al protagonismo político que les había sido negado por los centros urbanos tradicionales. En este sentido destaca la controversia llevada a cabo en Venezuela, país que desde 1811 “adoptó” casi textualmente esta experiencia; también refiere el desarrollo de esta opción en la Nueva Granada y Uruguay.

Para continuar con las corrientes ideológicas que asistieron los proyectos de organización de los Estados nacionales en el siglo XIX, esta segunda parte contiene los ensayos de Romero relativos al pensamiento conservador y al liberalismo latinoamericanos. Sobre el pensamiento conservador³ explica su origen social y principales representantes en cada país, una serie de nociones que le son propias; así como sus reacciones antiliberales frente a la hegemonía liberal y como respuesta a diversos acontecimientos europeos como la restauración

3. Este ensayo constituye el “Prólogo” a la antología que sobre el pensamiento conservador (1815-1898) hizo el autor en 1986 en compañía de su hijo, el historiador Luis Alberto Romero. Esta obra fue publicada en Caracas por la Editorial Ayacucho, con el título *El pensamiento conservador*.

del absolutismo, la revolución social de 1848 o las declaraciones del papa Pío IX en la encíclica *Quanta Cura* y el *Syllabus*. Entre las características del conservatismo expone las siguientes: una concepción autoritaria de la vida y la política, la resistencia a los cambios abruptos, la defensa del orden asociada a una teoría centralista del poder y a la formación de un Estado católico que apoyara y defendiera a la Iglesia como garante de ese orden, negación del proceso de secularización de la sociedad civil, defensa del origen divino o sobrenatural del poder y la sociedad, monopolio eclesiástico de la educación e intolerancia religiosa, promoción de un desarrollo económico y técnico que garantizara el progreso material de la sociedad.

El autor advierte sobre el carácter pragmático del conservadurismo y sobre una serie de tendencias y matices del mismo. Lo mismo pasaba en el liberalismo, de tal manera que las realidades sociales y económicas llevaron poco a poco a los seguidores de una u otra corriente a una serie de coincidencias, hasta el punto que se hace difícil distinguir un conservador liberal de un liberal conservador.

Sobre el liberalismo, Romero dice que más que una doctrina política o

filosófica, es una filosofía de la vida en el siglo XIX, en la que la palabra libertad constituyó el término clave; igualmente la idea de progreso también fue una de sus banderas. La ideología liberal triunfó con la emancipación colonial, pues en torno a ella se construyeron los principios de organización estatal y desde sus pensadores se planteó la preocupación por la identidad nacional. La aplicabilidad de los dos principios básicos del liberalismo, libertad e igualdad, fue objeto de debates y críticas durante el siglo XIX, e incluso en el siglo XX cuando se le reprochó su concepción elitista y antinacional. Después de la segunda posguerra, el populismo y sus planteamientos de justicia social parecieron ser la alternativa política al liberalismo. Pero la crítica a la ideología liberal latinoamericana no cesó ahí: en la década del sesenta la hicieron los movimientos revolucionarios filiados a la Revolución Cubana y de inspiración marxista. Romero concluye este texto diciendo que al parecer el liberalismo culminó su ciclo histórico y se ha quedado como baluarte de los sectores sociales tradicionales. No le tocó vivir a este historiador argentino la renovación del discurso y estrategias globales del liberalismo económico y político iniciada aproximadamente desde 1980 y conocida como neoliberalismo.

Sobre el movimiento universitario originado en Argentina en 1918, particularmente en la tradicional Universidad de Córdoba, Romero lo describe como un ensayo reformista de los jóvenes de las elites, algunos, y de clases medias, la mayoría. Sus motivaciones se relacionaron con el cuestionamiento al autoritarismo en las aulas, al tradicionalismo de los métodos de enseñanza y al aislamiento de la universidad de la realidad social. Habla de cómo este movimiento alcanzó resonancia en otros países latinoamericanos y lo concibe como una lucha generacional que permitió la participación estudiantil en el gobierno universitario, así como el acceso a la política a muchos de sus dirigentes, los cuales fueron una fuerza renovadora en los diferentes partidos o movimientos en los que se ubicaron.

Sobre la relación entre democracias y dictaduras, Romero sustenta la tesis que una democracia inestable tiene en su seno la posibilidad de una dictadura. La inestabilidad de la democracia en América latina la explica por el desajuste entre el orden político y el social, pues el modelo democrático fue una "recepción" que hicieron las elites del siglo XIX que buscaban adoptar un sistema institucional elaborado en otras realidades sociales diferentes

a las que aquí existían, y no advirtieron que dicho sistema estaba vacío de contenido social. Romero explica que por estos motivos la democracia latinoamericana no ha sido verdaderamente representativa y esta situación compromete su estabilidad.

La tercera parte del texto expone una serie de reflexiones sobre la ciudad como campo de relaciones sociales, políticas, económicas y culturales. Para Romero el estudio de las ciudades es una opción y una estrategia metodológica para dar cuenta de la historia latinoamericana. Según él, en la ciudad se condensan los procesos sociales y culturales de la historia de un país y se llevan a cabo los más importantes intercambios comerciales; en ella tiene sede el poder central y se toman decisiones económicas; en ella circulan las corrientes del pensamiento y se expresan las diversas culturas. Explica el autor que este protagonismo histórico de la ciudad latinoamericana es una proyección o continuidad del modelo colonizador europeo que estableció lo urbano como una estrategia de dominación política y territorial. Este modelo colonial suscitó, en épocas posteriores, una tensión estructural en las sociedades latinoamericanas: la dualidad entre una sociedad rural y una urbana, la dicotomía entre

campo y ciudad. A través del tiempo, cada una de estas sociedades construyó su propia ideología, las cuales se han enfrentado desde las guerras de independencia cuando se ruralizaron las ciudades durante la primera mitad del siglo XIX. Pero el autor reitera que han sido las ciudades el escenario privilegiado de expresión de las tensiones políticas; tanto en el siglo XIX con sus inevitables guerras civiles, como en el siglo XX cuando emergen los movimientos políticos de las clases medias y los de los sectores populares.

Por último, la cuarta parte del texto corresponde al título "El Pensamiento político de la derecha".⁴ Sobre este tema Romero dice que "la idea de derecha aparece necesariamente unida a la idea de resistencia al cambio" y que al hacer una caracterización de su pensamiento político se debe matizar debido a la diversidad de situaciones de cambio y sus diferentes impactos en el conjunto latinoamericano.

Sin embargo, plantea como lícito considerar esta corriente de pen-

samiento en su conjunto por cuanto contempla una serie de ideas arraigadas en situaciones reales, es decir, en la pervivencia de situaciones socioeconómicas y culturales tradicionales, la cual constituye uno de los factores de unidad del subcontinente. Consecuente con su apreciación metodológica de que no es posible comprender lo ideológico sin las referencias a la realidad social en que éste surge y se desarrolla, sugiere que antes de exponer sobre el pensamiento de la derecha se debe indagar sobre los grupos sociales que sustentan estas ideas y cuáles tradiciones suscriben. Para dar cuenta de este fenómeno hace un recorrido por diversas épocas de nuestra historia, desde fines del siglo XVIII hasta mediados del siglo XX, caracterizando en cada una de ellas el tipo de cambio que se planteaba y las resistencias sociales a dichos cambios que amenazaban la conservación de un determinado orden. Con este tipo de análisis, Romero ilustra cómo las fuerzas políticas de derecha cambian a través del tiempo. Elabora su reflexión sobre tres períodos considerados por él como épocas de transformaciones significativas. El primero lo constituye el de los orígenes de la derecha durante el período colonial, en las postrimerías del siglo XVIII, cuando los grupos señoriales —aristócratas poderosos

4. Esta IV parte fue publicada con el título de *El pensamiento político de la derecha latinoamericana*, Buenos Aires, Paidós, 1970, en su colección Biblioteca América Latina dirigida por Roberto Cortés Conde, Tulio Halperin Donghi y Nicolás Sánchez Albornoz.

sos— defienden la legitimidad de los privilegios ante las nuevas ideas de libertad e igualdad que hicieron parte del discurso liberal de los prohombres de la Independencia, además incluye la existencia de los liberales de derecha del siglo XIX.

Un segundo período es el de finales del siglo XIX cuando, a partir del modelo exportador-importador, las economías de América Latina se vinculan a los centros industrializados de Europa. Para esta época, Romero habla de un pensamiento político de las oligarquías liberalburguesas vinculadas a la idea de progreso y de la continuidad de los grupos señoriales. Unos y otros se alían para mantener el monopolio del poder económico y político, desconociendo la emergencia de nuevos grupos sociales en ascenso y de los cambios sociales y culturales que se suscitaron a raíz del crecimiento económico.

Un tercer momento del desarrollo histórico de la derecha latinoamericana es ubicado en el período de entreguerras, de 1918 hasta 1950, cuando grupos, generalmente de las generaciones jóvenes, comenzaron a denunciar la falacia de la ideología liberal y la democracia formal. Esta crítica al liberalismo tuvo varios matices, a veces aristocratizante, otras populista. Pero en conjunto halló su respaldo en

amplios sectores sociales desde los que se justificaron diversas posturas como las nacionalistas —de reivindicación hispánica— o se admitieron los principios de la justicia social. A esta reacción antiliberal Romero la define como una nueva derecha que busca el apoyo popular y soluciones nacionales, con una cierta vocación de cambio para que los sectores populares la consideraran una opción válida. Desde esta óptica sitúa al populismo como “una derecha paradójicamente volcada hacia la izquierda”, suscribiendo un cambio que en esencia pretende el reordenamiento de las masas urbanas del siglo XX, caracterizado por las ciudades masificadas y por una economía industrial y dependiente.

El autor, desde lo político, identifica a la derecha actual como un grupo ideológico en el que se reconocen ciertos grupos sociales que no corresponden generalmente a las clases dominantes, razón por la cual es multiforme y contradictoria. Es decir, el origen y posición social de sus seguidores no es un criterio suficiente para caracterizar a las fuerzas políticas de la derecha. Dice que suscriben este ideario —difícil de ubicar en textos—, aquellos de temperamento religioso o metafísico, los psicológicamente autoritarios y partidarios de la acción violenta, los grupos conformistas de clase me-

dia y grupos populares de mentalidad paternalista.

Para concluir esta presentación del texto *Situaciones e ideologías en América Latina* se precisa advertir sobre la necesidad e importancia de su lectura para enriquecer la mirada sobre la historia nacional. Desde los estudios comparativos y desde estos análisis panorámicos se abren nuevas perspectivas para pensar en las parti-

cularidades de nuestros procesos históricos e identificar los aspectos estructurales compartidos con los demás naciones del subcontinente latinoamericano. Leer la obra de José Luis Romero es una manera de trascender nuestros particularismos locales y regionales.

Amparo Murillo Posada.

Profesora Departamento de Historia, Universidad de Antioquia.